

Anai-arreba maiteak. Queridos hermanos y hermanas:

«Dilexit nos». «Nos amó». «Maitatu egin gintuen» (Rom 8, 37). Halaxe esan zigun Frantzisko Aita Santuak, bere azken gutun enziklikan. La última encíclica, quizá la más bella del difunto Papa Francisco —de feliz memoria— nos ilumina para comprender mejor lo que significa y lo que entraña lo que hoy celebramos.

Hoy hemos subido juntos a este monte Urgull como quien vuelve a una casa familiar: con memoria agradecida, con fe sencilla y con esperanza renovada. Este monumento al Sagrado Corazón, que desde hace 75 años bendice silenciosamente la ciudad y la provincia, no es sólo una construcción histórica ni una preciosa figura que ciertamente embellece el Skyline o el paisaje de la ciudad más bella del mundo que tengo el orgullo y honor hoy de ser su padre y pastor. La estatua es antes que nada un fuerte signo espiritual. Bai, zeinu espiritual sendo bat da. Es una confesión de fe en piedra. Harrizko fede-aitorpena da. Es una imagen poderosa que recuerda —a creyentes y no creyentes— que la última palabra de la historia no es ni el odio, ni la división, ni la indiferencia, sino el amor.

Ez da beharrezkoa fededuna izatea hori ulertzeko. No hace falta ser creyente para comprender lo que Jesús y el ideal evangélico que predicó significan para la historia de la humanidad. Para algunos, puede ser tan solo eso: un recuerdo de un bonito sueño o un romántico y utópico ideal difícil de vivir. Es curioso que muchísimas personas que no son creyentes aceptan pacíficamente e incluso con sumo gusto la presencia de este signo emblemático en la ciudad. Para los creyentes, sin embargo, el monumento es más que eso. Es memoria viva de un amor que ha estado presente en nuestras vidas. Algo que ya estamos viviendo y que queremos vivir siempre en mayor plenitud. El amor no es una utopía, es una realidad posible, que se ha hecho vida en muchos hombres y mujeres de nuestra tierra y que está hoy, como ayer, presente y actuante en nuestra humanidad. El monumento nos recuerda a los creyentes el fundamento de todo proyecto de vida cristiana. Nos amó, sí. Él nos amó primero. Su amor gratuito e incondicional nos primerea, nos precede. Por eso, desde la fe decimos, como San Pablo, que gracias a Jesús, «nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en ese amor (1Jn 4, 16)».

Estamos celebrando esta Eucaristía y este momento histórico en un tiempo especial: en el marco del Año Jubilar de la Iglesia universal y también del 75º aniversario de nuestra diócesis de San Sebastián. Gure elizbarrutiko jubileu urtearen azken txanpan gaude. Monumentuaren 75. Urteurrena eta gure Elizbarrutiarena urte berean ospatzen dugu. Es una coincidencia que en este marco también cumpla 75 años el monumento. Es como si la historia quisiera decirnos especialmente a nosotros que nos conviene pasar todo esto por el corazón, por el Corazón de Cristo, que es siempre fuente de renovación, de reconciliación, de fraternidad y de esperanza.

Mucho se ha dicho estos meses sobre este monumento. Como las olas del mar, los debates en torno al monumento, cada cierto tiempo, vienen y se van. «De vez en cuando conviene que hablen de uno, ‘aunque sea para bien’», decía Dalí. La notoriedad siempre es mejor que el olvido. El debate suscitado en torno al monumento nos ha servido providencialmente para hacerlo más visible, para mirarlo con una mirada nueva y renovada; para renovarnos quizá en el amor y en la esperanza que es, en definitiva, la razón última a la que apunta esta figura amable que constantemente nos bendice. Y aquí estamos hoy, nuevamente, —aquí, a los pies del Señor— para sentir nuevamente como este monumento ha sido, es y será un signo de amor y de paz; un signo importante para miles de donostiarras y para la ciudadanía de toda la provincia de Gipuzkoa.

En la encíclica *Dilexit Nos*, el Santo Padre Francisco afirma con fuerza que «nuestro tiempo parece haber perdido el corazón, y que cuando falta el corazón, también falta la capacidad de encuentro, de respeto y de convivencia». Sin corazón, la sociedad puede caer en el olvido del prójimo, en la autosuficiencia, en la fragmentación, en la polarización que considera al otro no un hermano, no un amigo, sino más bien un rival. Y añade el Papa Francisco: «El mundo puede cambiar desde el corazón». Esto no es poesía piadosa: forma parte del corazón del Evangelio y, por ello, para nosotros, los creyentes, se convierte en una tarea social. Sí, construir una comunidad en la que la fraternidad ha de ser el antídoto a la fragmentación y al olvido de los demás, esa es nuestra tarea, nuestro consecuente compromiso con ese amor que nos ha precedido. Es nuestra propuesta y así la Iglesia se convierte en testimonio y en profecía de un mundo nuevo, reconciliado, fraterno, en paz. Bebiendo de ese amor que nos indica el Corazón de Cristo, «nos volvemos capaces de tejer lazos fraternos, de reconocer la dignidad de cada ser humano y de cuidar juntos nuestra casa común» (*Dilexit Nos*, 217)

Jesús, cuyo Corazón contemplamos, no levantó muros, sino puentes; no señalaba con el dedo ni condenaba, sino que tendía la mano y bendecía; no respondió nunca a la violencia con violencia, sino con perdón, verdad y amor.

Por eso hoy, aquí, pedimos una gracia. Grazia hau eskatzen diogu Jaunari: Que este monumento sea para todos un recordatorio permanente de que la paz social comienza siempre en el corazón de cada persona.

Estamos en un lugar desde el que se ve la ciudad entera: sus familias, sus escuelas, sus barrios, sus heridas, sus sueños. Desde aquí el Corazón de Cristo bendice a todos: A las autoridades y al pueblo. A los ricos y a los pobres. A los niños y a los abuelos. A los que creen, a los que dudan, a los que ya no creen y a los que nunca creyeron. Porque Él no bendice por pertenencia, sino por puro amor gratuito e incondicional. Recordemos sus palabras y hagámoslas nuestras: «Si solo amáis a quienes os aman, qué mérito tenéis».

Y desde aquí hoy, queremos proclamar tres certezas de nuestra fe. Esanguratsu irudi honen oinetan halaxe esan nahi dugu:

1. Cristo ama a esta ciudad. La conoce, la acompaña, la guarda. Nos conoce a todos y a cada uno, con nuestra vida a cuestas. Y nos ama a cada uno más allá de toda condición y circunstancia.
2. Cristo llama a esta diócesis y a esta Iglesia de Gipuzkoa a la esperanza. El amor es capaz de hacer nuevas todas las cosas, incluso las que todavía no vemos. No solo tenemos un pasado glorioso de fe y obras que contar. Tenemos un maravilloso futuro por construir.
3. Cristo nos invita a ser artesanos de la reconciliación y de la fraternidad. No espectadores, sino constructores. Hay renombrados arquitectos que construyen grandes proyectos y cosas. Nosotros estamos llamados a construirlas desde lo pequeño, desde lo más cercano, en una labor de artesanía. Y cuando fallen las fuerzas, miremos a su Corazón. De ahí nos vendrá la gracia y renovaremos las fuerzas para retomar nuevamente el camino.

En este Año Jubilar —que significa renovación, misericordia, regreso a lo esencial— pedimos al Señor un corazón nuevo capaz de escuchar, de dialogar, de respetar y de amar.

Anai-arreba maiteak. Gu pasako gara, baina monumentuak iraungo du. El monumento permanecerá aunque nosotros pasemos. Las personas pasan, la historia y sus monumentos históricos suelen permanecer más en el tiempo,

aunque tampoco son eternos. Lo importante no es que quede una estatua en alto, sino que el amor de Cristo quede grabado en el corazón de quienes hemos vivido y aún vivimos aquí. Hori da, benetan, garrantzitsuena. Que esa imagen bella y más decidora que mil palabras se imprima en nuestros corazones y transforme de verdad nuestras vidas, nuestra escala de valores. En definitiva: para quienes hemos sido agraciados con el don de la fe, lo importante es que seamos testigos con nuestra vida y nuestras obras de aquello en lo que creemos.

Que al bajar hoy de este monte, bajemos todos y todas más fraternos, más humildes, más pacificados y más esperanzados. Pedimos hoy, nuevamente, que el Corazón de Jesús, nuestro Señor resucitado, siga mirando y bendiciendo a Donostia y a Gipuzkoa entera, también a nuestras autoridades, con su ternura, acompañando su historia, sanando sus heridas y llenando su futuro de paz. Hala bedi. Horixe da gaur eskatzen dioguna Jesusen Bihotz biguna eta maitagarriari. «Sagrado Corazón de Jesús, ¡en ti confiamos!». «Jesusen Bihotz Sakratua, zugaran dugu konfidantza».